

LA QUÍMICA

Stephenie Meyer

1

La tarea de aquel día se había vuelto rutinaria para la mujer que en ese momento se hacía llamar Chris Taylor. Se había levantado mucho antes de lo que habría querido para dismantelar y guardar sus medidas de precaución nocturnas. Era un auténtico incordio colocarlo todo por las noches para luego tener que desmontarlo a primera hora de la mañana, pero no merecía la pena arriesgar la vida por permitirse un momento de pereza.

Después de cumplir con aquel deber cotidiano, Chris se había metido en su discreto sedán —ya algo viejo, pero sin ningún daño importante que lo hiciera fácil de recordar— y había pasado horas y más horas conduciendo. Había cruzado tres fronteras importantes y una ingente cantidad de líneas secundarias en el mapa, e incluso después de alcanzar la distancia planeada, rechazó varios pueblos por los que iba pasando. Uno era demasiado pequeño, otro solo tenía una carretera de entrada y otra de salida y el siguiente daba la sensación de recibir a tan pocos forasteros que sería imposible no llamar la atención, por mucho empeño que hubiera puesto en camuflarse para no destacar. Tomó nota de algunos lugares a los que quizá quisiera regresar otro día, como una tienda de material para soldadura, una de excedentes militares o un mercado agrícola. Pronto volvería a ser temporada de melocotones y debería hacer acopio.

Por fin, a última hora de la tarde, llegó a una localidad ajetreada que nunca había visitado. Incluso la biblioteca pública parecía estar bastante concurrida.

Chris prefería utilizar las bibliotecas si era posible. Lo gratuito era más difícil de rastrear.

Aparcó junto a la fachada occidental del edificio, fuera del alcance de una cámara colocada encima de la entrada. Los ordenadores del interior estaban todos en uso y había algunos grupitos esperando a que alguno quedara libre, por lo que decidió echar un vistazo a los libros y recorrió la sección de biografías a la caza de cualquier material relevante. Descubrió que ya había leído todo lo que pudiera servirle de algo. Después localizó lo último de su escritor de novelas de espías favorito, un excombatiente de la fuerza de operaciones especiales de la Armada, y cogió también otros libros del mismo estante. Mientras buscaba un buen asiento para esperar, tuvo una punzada de remordimiento por lo despreciable que era robar en una biblioteca. Pero hacerse el carné allí quedaba descartado por distintos motivos, y cabía la posibilidad de que algo que leyera en aquellos libros le sirviese para permanecer más a salvo. La seguridad siempre estaba por encima del remordimiento.

No es que no fuese consciente del noventa y nueve por ciento de sinsentido que entrañaban sus lecturas, ya que era extremadamente improbable que cualquier cosa extraída de la ficción tuviera algún uso real y concreto para ella, pero hacía mucho tiempo que había devorado los ensayos basados en información real. A falta de nuevas

fuentes de primera clase que investigar, se tenía que conformar con las últimas de la lista. No tener nada que estudiar la volvía más propensa al pánico de lo normal. Y, de hecho, en su último botín había encontrado un consejo que parecía práctico y que ya había empezado a incorporar a su rutina.

Se acomodó en una desgastada butaca que había en una esquina apartada, desde la que se veían bien los puestos de ordenadores, y fingió leer el primer libro de su pila. Por lo esparcidas en la mesa que algunos usuarios de los ordenadores tenían sus pertenencias —uno incluso se había quitado los zapatos—, supo que tardarían en marcharse. El puesto más prometedor era el ocupado por una adolescente con libros de referencia amontonados y cara de agobio. La chica no parecía estar consultando sus redes sociales, sino apuntando los títulos y autores que iba proporcionándole el motor de búsqueda. Mientras esperaba, Chris mantuvo la cabeza gacha sobre su libro, que sujetaba con el brazo izquierdo doblado. Usando la cuchilla oculta en su mano derecha, separó con destreza el sensor magnético adherido al lomo del volumen y lo dejó escondido en el hueco entre el cojín y el brazo de la butaca. Aparentando desinterés, pasó al siguiente libro de la pila.

Chris ya estaba preparada, con las novelas desmagnetizadas y metidas en su mochila, cuando la joven dejó su sitio para buscar más libros de referencia. Sin levantarse de golpe ni dar señales de prisa, Chris ya estaba en la silla antes de que ningún otro aspirante esperanzado se diera cuenta siquiera de que había pasado su oportunidad.

La acción de comprobar su e-mail normalmente le llevaba unos tres minutos.

Después de hacerlo, tendría otras cuatro horas (si no se veía obligada a tomar rutas evasivas) para llegar a su hogar provisional. Y luego, por supuesto, tendría que volver a instalar sus salvaguardas antes de poder dormir por fin. Los días de e-mail eran siempre días largos.

Aunque no había ninguna conexión entre su vida actual y aquella cuenta de e-mail —nunca repetía la misma dirección IP ni mencionaba lugares o nombres propios—, en el instante en que terminara de leer y, si la ocasión lo requería, responder a su correo, saldría por la puerta y dejaría el pueblo a toda velocidad para poner tanta distancia entre ella y aquella ubicación como fuera posible. Por si acaso.

«Por si acaso» se había convertido en el mantra de Chris sin ella pretenderlo. Llevaba una vida de preparación excesiva pero, como se recordaba a sí misma a menudo, sin tanta preparación no podría llevar ninguna vida en absoluto.

Lo mejor sería no tener que correr riesgos como aquel, pero el dinero no iba a durarle para siempre. En general buscaba empleos de poca monta en alguna cafetería familiar, a ser posible que llevara las cuentas a mano, pero esos trabajos solo le proporcionaban lo suficiente para cubrir las necesidades básicas: comida y alquiler. No llegaban para sus adquisiciones más costosas, como identidades falsas, material de laboratorio y los diversos compuestos químicos que acumulaba. En consecuencia, mantenía una presencia ligera en internet, encontraba algún cliente adinerado de vez en cuando, y hacía todo lo posible para evitar que esos trabajos llamaran la atención de quienes querían poner fin a su existencia.

Los últimos dos días de e-mail no habían ofrecido ningún resultado, por lo que al ver un mensaje dirigido a ella se alegró... durante las dos décimas de segundo que tardó en procesar la dirección del remitente.

l.carston.463@dpt11a.net

Ahí estaba, la auténtica dirección de correo de Carston, una dirección cuyo rastro se podría seguir fácilmente hasta llegar a los antiguos patronos de Chris. Mientras se le erizaban los pelillos de la nuca y la adrenalina inundaba su cuerpo —«Corre, corre, corre», parecía gritar desde sus venas—, una parte de ella fue todavía capaz de reaccionar con boquiabierta incredulidad a tanta arrogancia. Siempre subestimaba lo increíblemente descuidados que podían llegar a ser.

«Todavía no pueden estar aquí», razonó para sí misma a pesar del pánico, mientras su mirada barría la biblioteca en busca de individuos demasiado anchos de hombros para sus trajes negros, cortes de pelo militares o cualquier persona que estuviera acercándose a su posición. Alcanzaba a ver su coche a través de la hoja de la ventana y no daba la sensación de que nadie hubiera trasteado con él, pero lo cierto era que tampoco había estado vigilándolo con demasiada atención.

Así que habían vuelto a dar con ella. Pero no tenían forma de saber dónde decidiría consultar el correo. Esa elección la dejaba siempre al azar, con un celo casi religioso.

En aquel preciso instante, habría saltado una alarma en algún despacho pulcro y anodino, o quizá en varios despachos, tal vez hasta con luces rojas parpadeantes. Sin duda habría algún proceso informático de alta prioridad establecido para rastrear la dirección IP que estaba utilizando. Ya estarían a punto de movilizar efectivos. Pero incluso si usaban helicópteros, y ellos contaban con los recursos para hacerlo, Chris aún disponía de unos minutos. Tiempo suficiente para ver qué quería Carston.

El asunto del correo era: ¿Cansada de correr?

«Menudo hijo de puta».

Lo abrió. El mensaje no era largo.

Nuestra política ha cambiado. Te necesitamos. ¿Serviría de algo una disculpa oficial? ¿Podemos reunirnos? No te lo pediría si no hubiera vidas en juego. Muchas, muchas vidas.

Siempre le había caído bien Carston. Parecía más humano que muchos otros trajeados que trabajaban para el departamento. Algunos de ellos, sobre todo los que llevaban uniforme, directamente daban miedo. Lo cual casi con toda seguridad era un juicio hipócrita por su parte, dado el trabajo que había desempeñado.

Así que por supuesto que habían hecho que fuese Carston quien estableciera el contacto. Sabían que estaba sola y asustada y habían enviado a un viejo amigo para despertarle una sensación cálida y agradable. Era de sentido común, y con toda probabilidad habría sabido ver la jugada incluso sin ayuda, pero tampoco venía mal haber leído acerca de una treta similar en una novela que había robado.

Se permitió una respiración profunda y treinta segundos de pensamiento concentrado. Debería haber puesto el foco de su reflexión en su siguiente acción, es decir, abandonar la biblioteca, el pueblo y el estado a toda prisa, y valorar si eso era

suficiente. ¿La identidad que estaba empleando seguía siendo segura o debía mudarse de nuevo?

Sin embargo, ese foco fue desplazado por la traicionera idea de la oferta de Carston.

«¿Y si...?».

¿Y si de verdad tenía delante la forma de que la dejaran en paz? ¿Y si su certeza de que estaba ante una trampa surgía solo de la paranoia y de haber leído demasiadas novelas de espías?

Si el trabajo era lo bastante importante, quizá a cambio le devolvieran su vida.

Poco probable.

Pero, aun así, no tenía sentido fingir que el e-mail de Carston se había perdido.

Respondió del modo en que suponía que esperaban que lo hiciera, aunque solo se había formado en su mente el bosquejo más básico de un plan.

Estoy cansada de muchas cosas, Carston. Podemos vernos donde hablamos por primera vez, dentro de una semana a mediodía. Si veo que te acompaña alguien, desapareceré y blablablá. Ya sabes cómo funciona esto. No hagas ninguna idiotez.

Se levantó y con el mismo movimiento echó a andar, con unas zancadas largas y fluidas que había perfeccionado con el tiempo, pese a sus cortas piernas, para parecer mucho más despreocupadas de lo que eran. Contaba los segundos en su cabeza, estimando el tiempo que le llevaría a un helicóptero llegar desde Washington D.C. a aquella biblioteca. Por supuesto, podían dar el aviso a las autoridades locales, pero no era su estilo habitual.

No era su estilo habitual en absoluto, pero aun así... Chris tenía la sensación infundada pero incómoda y acuciante de que quizá empezaran a cansarse de su estilo habitual. No les había dado los resultados que esperaban, y no eran personas que se distinguieran por su paciencia. Estaban acostumbrados a obtener lo que querían y en el preciso momento en que lo querían. Y llevaban ya tres años queriendo verla muerta.

El e-mail representaba, sin duda, un cambio de política. Si es que de verdad era una trampa.

Tenía que suponer que lo era. Ese punto de vista, esa forma de descifrar su mundo, era el motivo de que siguiera respirando. Pero había una minúscula parte de su cerebro que ya había empezado a albergar una necia esperanza.

El juego al que jugaba no tenía apuestas muy altas, lo sabía bien. Solo una vida. Solo su vida.

Y aquella vida que había conservado pese a lo abrumador del desafío era eso y nada más que eso: vida. Pelada y básica a más no poder. Un corazón latiendo y un par de pulmones expandiéndose y contrayéndose.

Estaba viva, sí, y había tenido que luchar mucho para mantener ese estado, pero en algunas de las noches más oscuras llegaba a preguntarse por qué peleaba exactamente. ¿La calidad de la vida que estaba llevando merecía tanto empeño? ¿No sería relajante cerrar los ojos y no tener que volver a abrirlos nunca más? ¿Acaso la

nada, negra y vacía, no era un poco más digerible que el terror incansable y el esfuerzo constante?

Si no había respondido con un sí y optado por cualquiera de las salidas pacíficas e indoloras que tenía siempre a mano era solo por su extrema competitividad. Le había dado buen uso en la facultad de Medicina y había pasado a ser lo que la mantenía con vida. No iba a dejarles ganar. De ningún modo les pondría en bandeja una solución tan fácil a su problema. Lo más probable era que al final acabaran con ella, pero aquellos malditos iban a tener que luchar. E iban a sangrar también.

Estaba ya en el coche y a seis manzanas de distancia del acceso más próximo a una autovía. Llevaba una gorra de béisbol negra sobre el cabello corto, unas gafas de sol negras de hombre que le tapaban casi toda la cara y una sudadera holgada que disimulaba su delgadez. A ojos de un observador distraído, tendría todo el aspecto de un varón adolescente.

Quienes la querían muerta ya habían sangrado, y Chris se descubrió sonriendo de pronto al volante mientras lo recordaba. Era extraño lo cómodo que le resultaba matar en los últimos tiempos, lo satisfactorio que lo encontraba. Había desarrollado una vena sanguinaria, lo que resultaba irónico si se veía todo en perspectiva. Los seis años que había pasado bajo la tutela del departamento ni por asomo habían estado cerca de erosionarla, de hacer que disfrutara con su trabajo. Pero tres años a la fuga habían alterado muchas cosas.

Sabía que no disfrutaría matando a un inocente. Estaba segura de no haber cruzado esa línea y de no ir a cruzarla nunca. Algunos compañeros de profesión — excompañeros, en realidad— eran auténticos psicóticos sin paliativos, pero ella quería creer que justo por eso no se les daba tan bien como a ella. Tenían la motivación equivocada. Su repulsión por lo que hacía era lo que le daba el poder para hacerlo como nadie.

En el contexto de su vida a la fuga, la motivación para matar era la victoria. No ganar la guerra entera, solo una pequeña batalla cada vez, pero ganar al fin y al cabo. El corazón de otra persona dejaría de latir y el suyo seguiría bombeando. Alguien iría a por ella y, en vez de una víctima, encontraría a un depredador. A una araña de rincón, invisible tras su trampa de tela.

En eso la habían convertido. Se preguntó si su logro los enorgullecía o si solo lamentaban no haberla pisoteado con la suficiente fuerza.

Cuando hubo recorrido unos kilómetros por la interestatal, empezó a tranquilizarse. Su coche era un modelo muy popular, había miles de vehículos idénticos en la misma autovía, y cambiaría las matrículas robadas tan pronto como encontrara un lugar seguro donde parar. No había nada que la relacionara con el pueblo que acababa de dejar atrás. Había pasado dos salidas y tomado la tercera. Si tenían intención de bloquear la autovía, no tendrían ni idea de dónde hacerlo. Seguía oculta. De momento, seguía a salvo.

Por supuesto, conducir derecha hasta casa quedaba completamente descartado después de lo ocurrido. Le llevó seis horas volver, desviándose por distintas autovías y carreteras secundarias sin dejar de comprobar que no la siguiera nadie. Cuando por fin llegó a su casita alquilada, el equivalente arquitectónico de una tartana, ya estaba

medio dormida. Se le ocurrió preparar café, sopesó los beneficios de la estimulación cafeínica contra el lastre de una tarea adicional y optó por tirar adelante solo con sus últimas reservas de energía.

Subió agotada los dos desvencijados escalones del porche, evitando automáticamente la zona podrida a la izquierda del primero, y abrió los cerrojos dobles de la puerta de acero de seguridad que había instalado la semana después de llegar allí. Las paredes, hechas de madera, yeso, contrachapado y revestimiento de vinilo, no le proporcionaban el mismo nivel de seguridad, pero estadísticamente los intrusos atacaban la puerta en primer lugar. Los barrotes de las ventanas tampoco eran obstáculos insalvables, pero bastarían para convencer a un ladrón aleatorio de que buscara otro objetivo más fácil. Antes de girar el pomo, tocó el timbre. Fueron tres pulsaciones rápidas que habrían parecido una sola y continua a cualquiera que estuviese mirando. Las finas paredes solo alcanzaron a amortiguar un poco la melodía de los cuartos de Westminster. Cruzó la puerta deprisa... y conteniendo el aliento, por si acaso. No oyó el crujido apagado del cristal roto, así que soltó el aire mientras cerraba la puerta a sus espaldas.

El sistema de seguridad de la casa estaba todo diseñado por ella. Los profesionales a los que había estudiado al principio tenían sus propios métodos, pero ninguno sus habilidades especializadas, como tampoco las tenían los autores de las diversas novelas que había pasado a usar como un no muy convincente material de referencia. Todo lo demás que le había hecho falta saber era fácil de encontrar en YouTube. Unas piezas de una lavadora vieja, una placa computadora comprada en internet, un timbre nuevo para la puerta y otro par de adquisiciones diversas le habían bastado para montar una trampa consistente.

Pasó los cerrojos y accionó el interruptor más cercano a la puerta para encender las luces. Estaba en el mismo panel que otros dos interruptores. El del centro no hacía nada. Pero el tercero, el más alejado de la puerta, estaba conectado al mismo cable de señal de bajo voltaje que el timbre. Al igual que ese dispositivo y la puerta, el panel de interruptores era décadas más nuevo que cualquier otra cosa que hubiera en la pequeña estancia que hacía de sala de estar, comedor y cocina al mismo tiempo.

Todo parecía seguir como lo había dejado: los mínimos muebles baratos —nada lo bastante grande como para que un adulto pudiera esconderse detrás— y los estantes y la mesa vacíos, sin ningún cuadro ni adorno. Estéril. Chris sabía que, incluso con el piso de vinilo en colores aguacate y mostaza y el techo de gotelé, aquello seguía recordando un poco a un laboratorio.

Quizá fuese el olor lo que daba esa sensación. La sala estaba higienizada hasta tal extremo que un intruso probablemente atribuyera a limpiadores químicos aquel olor a tienda de materiales para piscina. Pero solo si lograba entrar sin disparar el sistema de seguridad. Si lo activaba, no tendría tiempo de captar demasiados detalles de la estancia.

El resto de la casa consistía únicamente en un dormitorio y un cuarto de baño pequeños, dispuestos en línea recta desde la puerta principal a la pared del fondo, el trayecto despejado del todo para no tropezar con nada. Apagó la luz para ahorrarse luego el camino de vuelta.

Cruzó la única puerta que daba al dormitorio, siguiendo su rutina como una sonámbula. La persiana veneciana dejaba entrar la suficiente luz —el neón rojo de la gasolinera de enfrente— como para no encender la del cuarto. En primer lugar, cogió dos de las largas almohadas de plumas de la cabecera del colchón doble que ocupaba casi toda la habitación, y las recolocó componiendo la forma aproximada de un cuerpo humano. Después metió las bolsas con autocierre llenas de sangre falsa para Halloween en las fundas de las almohadas. De cerca, la sangre no era muy convincente, pero esas bolsas estaban pensadas para un atacante que rompiera la ventana, apartara la persiana y disparara desde fuera. A la media luz del neón, no podría apreciar la diferencia. Lo siguiente era la cabeza, para la que empleaba una máscara que también había comprado en las rebajas post-Halloween. Era la caricatura de algún politicucho de tres al cuarto, pero el color de la piel había quedado bastante realista. La había rellenado para darle la forma aproximada de su cabeza y le había cosido una peluca morena barata. Lo más importante era el diminuto cable que subía a través del somier y el colchón, oculto entre las hebras de nailon. Otro cable similar atravesaba la almohada en la que reposaba la cabeza. Chris extendió la sábana y la manta y les dio unas palmaditas para alisarlas antes de unir los extremos pelados de los dos cables. Era una conexión muy tenue. Con que acariciara levemente la cabeza o moviera un poco el cuerpo hecho de almohadas, los cables se separarían sin hacer ruido.

Dio un paso atrás y repasó el señuelo con los ojos entrecerrados. No era su mejor obra, pero sí parecía que hubiera alguien dormido en la cama. Incluso aunque un intruso no creyera que se trataba de Chris, tendría que neutralizar al durmiente antes de poder buscarla.

Estaba demasiado agotada para ponerse el pijama, así que se limitó a quitarse los vaqueros anchos. Bastaría con eso. Cogió la cuarta almohada, sacó el saco de dormir de debajo de la cama y los notó más pesados y aparatosos de lo normal. Los llevó a rastras al reducido cuarto de baño compacto, los tiró en la bañera y redujo al mínimo el cuidado de la higiene. Aquella noche solo tocaba lavar los dientes, no la cara.

La pistola y la máscara antigás estaban bajo el lavabo, ocultas detrás de una pila de toallas. Se puso la máscara en la cabeza, ajustó las correas, tapó la entrada del filtro con la palma de la mano e inhaló por la nariz para comprobar el sellado. La máscara se pegó a su cara como debía. Siempre lo hacía, pero ni la costumbre ni el agotamiento habían logrado nunca que Chris se saltara su rutina de seguridad. Dejó la pistola en la jabonera de pared, de fácil alcance sobre la bañera. La pistola no era su recurso favorito: aunque disparaba bien en comparación con un civil sin entrenamiento, no estaba a la altura de un profesional. Sin embargo, era una opción necesaria, porque algún día sus enemigos comprenderían en qué consistía su sistema de seguridad y ese día sus atacantes también llevarían máscaras antigás.

En realidad, lo raro era que su truco la hubiera salvado durante tanto tiempo.

Con un filtro de absorción química sin abrir sujeto al tirante del sujetador, regresó al dormitorio con dos pasos rápidos. Se arrodilló junto a la rejilla de ventilación que había en el suelo, a la derecha de la cama que no había utilizado nunca. Puede que la rejilla no tuviera tanto polvo como debería, y que los dos tornillos superiores solo estuvieran apretados hasta la mitad y faltaran los dos inferiores, pero estaba segura de que nadie que mirase por la ventana se fijaría en esos detalles o entendería qué

significaban en caso de hacerlo. Probablemente Sherlock Holmes era la única persona de la que no temía un intento de asesinato.

Soltó los tornillos superiores y sacó la rejilla. A cualquiera que mirara en el interior del conducto de ventilación le resultarían evidentes dos cosas. La primera, que el fondo del conducto estaba sellado, por lo que ya no funcionaba. La segunda, que había un gran cubo blanco y una batería que seguramente no pintaban nada allí abajo. Destapó el cubo y al instante la saludó el mismo olor químico que impregnaba la sala principal, tan familiar que casi ni lo notó.

Extendió el brazo hacia la oscuridad de detrás del cubo y sacó primero un artilugio pequeño y enrevesado con una bobina, brazos metálicos y finos cables, luego una ampolla del tamaño de su dedo y, por último, un guante de goma para limpieza. Situó el solenoide —el dispositivo que había reciclado de una lavadora vieja— de forma que sus brazos quedaran medio sumergidos en el líquido incoloro del cubo. Apretó los párpados con fuerza dos veces, intentando ponerse en alerta para la parte más delicada. Enfundó su mano derecha en el guante, soltó el filtro del sujetador y lo sostuvo en la mano izquierda. Con la mano enguantada, insertó la ampolla en las ranuras que había taladrado en los brazos metálicos con ese propósito. La ampolla quedó justo por debajo de la superficie del ácido, con el polvo blanco de su interior inerte e inocuo. Pero si se interrumpía la corriente que circulaba por los cables tan levemente unidos sobre la cama, eso haría que el solenoide se cerrara y rompiera el cristal. El polvo blanco se convertiría en un gas que no era ni inerte ni inocuo.

Era, a grandes rasgos, el mismo dispositivo que tenía montado en la sala principal, solo que con un cableado más sencillo. Esa segunda trampa la armaba solo para dormir.

Devolvió el guante a su sitio, cerró la rejilla y, con una sensación que no era lo bastante intensa para llamarla alivio, regresó con paso cansado al cuarto de baño. La puerta, igual que la rejilla, podría haber puesto sobre aviso a alguien tan detallista como el señor Holmes, porque los revestimientos de goma blanda que había en sus bordes no eran nada habituales. No aislarían del todo el cuarto de baño del dormitorio, pero le darían más tiempo.

Medio se metió y medio se dejó caer en la bañera, en un derrumbamiento a cámara lenta hacia el mullido saco de dormir. Le había costado bastante acostumbrarse a dormir con la máscara puesta, pero esa noche no le dedicó ni un solo pensamiento mientras cerraba los ojos, rendida.

Se introdujo en su capullo de plumón y nailon y se removió hasta notar el duro recuadro de su iPad contra los riñones. Estaba conectado a un alargador alimentado por el circuito de la sala principal. Si la corriente fluctuaba en aquel circuito, el iPad vibraría. Chris sabía por experiencia que era suficiente para despertarla, incluso estando tan cansada como aquella noche. También sabía que podía tener el filtro que seguía en su mano izquierda, abrazado contra el pecho como un osito de peluche, abierto y enroscado a la máscara antigás en menos de tres segundos, aun estando semidormida, a oscuras y conteniendo el aliento. Lo había practicado muchísimas veces y lo había puesto a prueba en las tres emergencias que no habían sido simulacros. Había sobrevivido. Su sistema funcionaba.

Incluso agotada como estaba, obligó a su mente a repasar las desgracias del día antes de permitirse sumergirse en la inconsciencia. Era una sensación espantosa, como el dolor de un miembro fantasma, inexistente pero real de todos modos, saber que la habían vuelto a encontrar. Tampoco estaba satisfecha con la respuesta que había dado al e-mail. Se le había ocurrido el plan demasiado impulsivamente como para estar convencida de su validez. Y, para colmo, requería que actuara más deprisa de lo que le gustaba.

Chris conocía la teoría: en ocasiones, si se cargaba contra el pistolero, era posible sorprenderlo desprevenido. Su jugada favorita siempre era la huida, pero en esa ocasión no veía remedio a la alternativa. Quizá lo viera al día siguiente, después de reiniciar el cerebro.

Rodeada de su telaraña, durmió.

2

Mientras esperaba a que se presentara Carston, pensó en las otras ocasiones en que el departamento había intentado matarla.

Barnaby —el doctor Joseph Barnaby, su mentor y el último amigo que había tenido— la había preparado para el primer intento. Pero incluso con toda la previsión, planificación y paranoia profundamente enraizada de Barnaby, ella había salvado la vida por pura suerte, que llegó en la forma de una taza adicional de café solo.

Hacía tiempo que no dormía bien. Ya llevaba seis años trabajando con Barnaby y, poco después de la mitad de ese período, el doctor le había revelado sus sospechas. Al principio ella no había querido creer que pudieran estar fundadas. Solo estaban haciendo el trabajo que les ordenaban, y haciéndolo bien. «No puedes considerar esto como una situación a largo plazo —le insistía Barnaby, aunque él había pasado diecisiete años en la misma división—. La gente como nosotros, los que tenemos que saber cosas que nadie quiere que sepamos, termina volviéndose un inconveniente. No hace falta que hagas nada mal. Puedes ser todo lo fiable que quieras. Son ellos quienes no son de fiar».

Y eso trabajando para el bando de los buenos.

Las sospechas habían ido concretándose y se habían transformado en planes, que a su vez evolucionaron en preparación física. Barnaby era un firme defensor de la preparación, aunque al final no le hubiera servido de nada.

El estrés había empezado a aumentar en los meses previos, a medida que se aproximaba la fecha del éxodo y, como era de esperar, ella no dormía bien. Aquella mañana de abril se había bebido dos tazas de café en vez de la única que solía tomar todos los días para activar el cerebro. Esa taza de más, añadida a una vejiga menor que la media en su cuerpo menor que la media, había dado como resultado una doctora corriendo hacia el servicio, demasiado apurada para fichar al salir, en lugar de sentada frente a su escritorio. Y allí había estado mientras el gas letal inundaba el interior del laboratorio, procedente de los conductos de ventilación. Barnaby, en cambio, había estado en el lugar exacto donde se suponía que debía estar.

Sus chillidos fueron el último regalo que le hizo, su última advertencia.

Los dos habían estado convencidos de que, cuando llegara el golpe, no les caería en el laboratorio. Demasiado alboroto. Los cadáveres solían despertar sospechas, de modo que los asesinos listos intentaban apartar de sí ese tipo de pruebas tanto como les fuera posible. No atacaban cuando tenían a la víctima en el salón de su propia casa.

Nunca debería haber subestimado la arrogancia de quienes la querían muerta. A ellos les traían sin cuidado las leyes, porque se llevaban demasiado bien con quienes las dictaban. También debería haber respetado más el poder que posee la estupidez pura y dura para sorprender completamente a una persona inteligente.

Los siguientes tres intentos habían sido más directos. Profesionales autónomos, suponía, dado que todos trabajaban en solitario. Solo hombres hasta el momento, aunque siempre cabía la posibilidad de que enviaran a una mujer más adelante. Uno había intentado dispararle, otro apuñalarla y otro partirla el cráneo con una palanca. Ninguna tentativa había dado resultado porque la violencia se había ejercido contra almohadas. Y a continuación sus atacantes habían muerto.

El gas invisible pero muy corrosivo había llenado en silencio la pequeña habitación en unos dos segundos y medio, después de que se interrumpiera la conexión entre los cables. Transcurrido ese tiempo, al asesino le quedaba una esperanza de vida de unos cinco segundos, en función de su altura y peso. Y no eran cinco segundos placenteros.

Su mezcla casera no era lo mismo que habían utilizado para acabar con Barnaby, pero se le parecía un poco. Era la forma más sencilla que conocía de matar a alguien con tanta rapidez y dolor. Y era una fuente renovable, al contrario que muchas de sus armas. Lo único que necesitaba era una buena cantidad de melocotones y una tienda de productos para piscinas. Nada para lo que fuese necesario tener acceso a compuestos restringidos o siquiera una dirección postal, nada que sus perseguidores pudieran rastrear.

La cabreaba muchísimo que se las hubieran ingeniado para encontrarla otra vez.

Ya había despertado furiosa el día anterior, y las horas de preparativos solo habían conseguido enfadarla más.

Se había obligado a echarse una siesta y luego había conducido toda la noche en un vehículo adecuado, alquilado usando la endeble identidad de una tal Taylor Golding y una tarjeta de crédito recién obtenida bajo el mismo nombre. Por la mañana, había llegado temprano a la ciudad en la que menos quería estar, y eso había hecho ascender su ira al siguiente nivel. Había devuelto el coche en una oficina de Hertz cercana al aeropuerto nacional Ronald Reagan y luego cruzado la calle hacia otra empresa para alquilar un segundo coche con matrícula del Distrito de Columbia.

Seis meses antes, habría reaccionado de otro modo. Habría recogido sus posesiones de la casita que tenía alquilada, habría vendido el vehículo que tuviera en ese momento en Craigslist, habría comprado otro pagando en efectivo a algún particular que no llevara registros y habría conducido sin rumbo unos días hasta encontrar alguna ciudad de tamaño medio que le diera buena impresión. Luego habría empezado de nuevo el proceso de mantenerse con vida.

Pero seis meses antes no había albergado aquella esperanza estúpida y retorcida de que Carston estuviera diciendo la verdad. Era una esperanza anémica. Lo más seguro

era que, por sí misma, no hubiera bastado como motivación. Había otra cosa, la tenue pero irritante preocupación de haber pasado por alto una responsabilidad.

Barnaby le había salvado la vida. Una y otra vez. Cada vez que había sobrevivido a un nuevo intento de asesinato, era porque él la había avisado, la había educado, la había preparado.

Si Carston le había mentado, y estaba convencida al noventa y siete por ciento de que así era, si le estaba tendiendo una emboscada, entonces todo lo que había dicho era mentira. Incluso la parte de que la necesitaban. Y si no la necesitaban, significaba que habían encontrado a otra persona que hiciera su trabajo, otra persona tan hábil como lo había sido ella.

Quizá la hubieran reemplazado mucho tiempo antes, quizá incluso hubieran asesinado a toda una ristra de empleados desde entonces, pero lo dudaba mucho. El departamento contaba con fondos y acceso, pero de lo que siempre andaba corto era de personal. Hacía falta tiempo para localizar, reclutar y entrenar a un empleado como Barnaby o ella misma. Las personas que tenían esa clase de habilidades no crecían en tubos de ensayo.

Ella había tenido a Barnaby para salvarla. ¿Quién salvaría al chaval atontado que habían reclutado después de ella? El nuevo o la nueva sería alguien brillante, como lo había sido Chris, pero incapaz de percibir el elemento más importante de todos. Olvídate de servir al país, olvídate de salvar vidas inocentes, olvídate de las instalaciones a la última y la ciencia puntera y el presupuesto ilimitado. Olvídate del salario de siete cifras. ¿Qué tal si te centras en que no te asesinen? Seguro que quien ahora ocupaba su antiguo puesto no tenía ni idea de que su supervivencia estaba en entredicho.

Ojalá tuviera algún modo de advertir a esa persona. Incluso si no podía permitirse el tiempo que Barnaby había dedicado a ayudarla. Incluso aunque pudiera ser solo con dos frases: «Así es como recompensan a la gente como nosotros. Prepárate».

Pero esa no era una opción.

Dedicó la mañana a hacer más preparativos. Se registró en el Brayscott, un hotel pequeño y moderno, con el nombre de Casey Wilson. La identidad que usó no era mucho más convincente que la de Taylor Golding, pero había dos líneas telefónicas sonando cuando se acercó al mostrador y la recepcionista no le prestó mucha atención. Al ser temprano, había habitaciones disponibles, le dijo la empleada, pero Casey tendría que pagar un día más si entraba antes de las tres. Aceptó el coste adicional sin quejarse y la recepcionista puso cara de alivio. Sonrió a Casey y la miró de verdad por primera vez. Casey contuvo una mueca. En realidad daba lo mismo que la chica pudiera recordar su rostro, porque iba a hacerse más que memorable en la siguiente media hora.

Casey empleaba nombres andróginos a propósito. Era una de las estrategias que había entresacado de los archivos de casos que le iba pasando Barnaby, algo que hacían los espías de verdad y que además era de sentido común, tanto que a los escritores de ficción también se les había ocurrido. La idea era que, si alguien registraba el hotel buscando a una mujer, empezaría por los nombres específicos de mujeres en el registro, como Jennifer o Cathy. Quizá necesitaran una segunda pasada para llegar a

las Casey, las Terry y las Drew. Y todo el tiempo que pudiera ganar era bueno. Un minuto adicional podía salvarle la vida.

Casey negó con la cabeza cuando un diligente botones se ofreció a cargar con su maleta y la llevó rodando ella misma hasta el ascensor. Mantuvo la cara apartada de la cámara que había encima de la botonera. Cuando estuvo en su habitación, abrió la maleta y sacó de ella un maletín grande y un bolso negro con cremallera. Aparte de esos dos objetos, la maleta estaba vacía.

Se quitó la chaqueta que daba un aspecto profesional a su fino suéter gris y sus pantalones negros y la colgó. El suéter llevaba alfileres a la espalda para ajustarlo al cuerpo. Retiró los alfileres y dejó que la prenda se abombara, transformando a Casey en una persona más menuda y quizá un poco más joven. Se quitó el pintalabios y casi toda la sombra de ojos antes de comprobar el efecto en el gran espejo que había sobre el tocador. Más joven, y también más vulnerable, porque el suéter holgado sugería que estaba ocultándose en él. Pensó que bastaría.

Si el hotel hubiera estado dirigido por una mujer, habría cambiado otro par de cosillas y quizá añadido unos cardenales falsos con sombra de ojos azul y negra, pero el nombre de la tarjeta que había en el mostrador era William Green y Casey no creía que hiciera falta dedicarle más tiempo.

La incomodaba que no fuese un plan perfecto. Habría querido disponer de otra semana para revisar todas las repercusiones posibles, pero era la mejor opción que había podido llevar a la práctica en el tiempo del que disponía. Quizá la treta fuese demasiado elaborada, pero era demasiado tarde para replanteársela.

Llamó a recepción y preguntó por el señor Green. La conectaron al instante.

—Aquí William Green. ¿En qué puedo ayudarla?

La voz era cordial y hasta demasiado afectuosa. Tuvo la inmediata imagen mental de un hombre con aspecto de morsa, bigote poblado incluido.

—Hum, sí, espero no molestar...

—No, claro que no, señorita Wilson. Estoy aquí para ayudar en todo lo que pueda.

—Sí que necesito ayuda, pero a lo mejor le suena un poco raro... Es difícil de explicar.

—No se preocupe, señorita. Seguro que algo podré hacer. —Su tono era de una confianza absoluta, y Casey se preguntó qué clases de peticiones extrañas había tenido que atender en su carrera.

—Ay, Dios —titubeó—. Mejor lo hablamos en persona. —Hizo sonar la frase como una pregunta.

—Cómo no, señorita Wilson. Por suerte, estaré disponible dentro de quince minutos. Tengo el despacho en la planta baja, doblando la esquina desde el mostrador. ¿Puede acercarse?

Con voz trémula y aliviada, respondió:

—Sí, muchísimas gracias.

Metió sus cosas en el armario y contó con esmero los billetes que necesitaba de la reserva del maletín. Se los guardó en los bolsillos y esperó trece minutos. Bajó por la escalera para evitar las cámaras de los ascensores.

Cuando el señor Green la hizo pasar a su despacho sin ventanas, la divirtió comprobar que su imagen mental no andaba tan desencaminada. No llevaba bigote —de hecho, no tenía nada de pelo salvo un leve asomo de cejas canosas—, pero por lo demás era un hombre muy amorsado.

No le costó esfuerzo hacerse la asustada, y hacia la mitad de su relato sobre un exnovio maltratador que le había robado su herencia familiar, supo que lo tenía en el bolsillo. El director se encrespó de forma muy varonil, como con ganas de ponerse a despoticar sobre los monstruos que pegan a mujercitas, pero logró contenerse con solo unas pocas promesas del estilo de «Nosotros cuidaremos de usted» y «Aquí está a salvo». Lo más seguro era que hubiera querido ayudarla incluso sin la generosa propina que le dio, pero daño tampoco iba a hacer. El director se comprometió a contar el plan solo a los empleados que fueran a intervenir en él, cosa que ella le agradeció efusivamente. Él le deseó suerte y se ofreció a avisar a la policía, si podía servir de algo. Casey le confesó afligida lo inútiles que le habían resultado la policía y las órdenes de alejamiento en el pasado. Insinuó que podía ocuparse del asunto ella sola, siempre que contara con la ayuda de un hombre grande y fuerte como el señor Green. Halagado, el director se marchó con paso vivo para prepararlo todo.

No era la primera vez que jugaba aquella carta. Había sido una de las primeras sugerencias de Barnaby cuando empezaron a pulir los detalles de su plan compartido. Al principio Casey se había resistido a la idea, ofendida de algún modo intangible, pero Barnaby siempre había sido un pragmático. Ella era bajita y mujer, lo que, en la mente de muchos, le asignaba el eterno papel de desamparada. ¿Por qué no aprovecharse de ese prejuicio? ¿Por qué no hacerse la víctima para evitar serlo?

Casey volvió a su habitación y se cambió con la ropa que llevaba en el maletín, reemplazando el suéter por una camiseta negra ajustada con cuello de pico y añadiendo un grueso cinturón negro con elaborados diseños en cuero. Todo lo que se quitara tenía que caber en el maletín, porque iba a abandonar la maleta y jamás regresaría a ese hotel.

Ya iba armada, porque nunca salía sin adoptar ciertas precauciones. Pero antes de marcharse pasó al modo de alerta máxima en su protección personal y se armó literalmente hasta los dientes... o más bien hasta el diente, insertándose una falsa corona llena de algo mucho menos doloroso que el cianuro pero igual de mortífero. Si era un truco viejo y manido era porque funcionaba. Y, a veces, el último recurso disponible era escurrirse para siempre de entre las garras del enemigo.

El bolso grande y negro tenía dos adornos de madera en la parte alta del asa. Contenía sus joyas especiales, en cajitas acolchadas.

Todas eran piezas únicas e irremplazables. Nunca volvería a poder acceder a herramientas ornadas como aquellas, por lo que las atesoraba con sumo cuidado.

Había tres anillos, uno de oro rosa, otro de oro amarillo y un último de plata. Todos tenían púas minúsculas ocultas bajo ingeniosas trampillas rotatorias. El color del

metal indicaba de qué sustancia estaba impregnado cada agujijón. Sin complicaciones, como sin duda esperaban de ella.

Luego estaban los pendientes, que siempre manipulaba con cautela y delicadeza. No correría el riesgo de ponérselos para la siguiente parte del recorrido, sino que esperaría a acercarse más a su objetivo. Una vez puestos, tenía que fijarse en cómo movía la cabeza. Parecían simples esferas de cristal, pero eran tan finas que podía agrietarlas una nota muy aguda, sobre todo porque estaban sometidas a presión interior. Si alguien la agarraba del cuello o la cabeza, el cristal estallaría con un suave chasquido. Ella contendría el aliento, que podía mantener durante un minuto y cuarto sin esforzarse, y cerraría los ojos a ser posible. Su atacante no vería la necesidad de imitarla.

Al cuello llevaba un guardapelo de plata bastante voluminoso. Destacaba mucho y atraería la atención de cualquiera que conociese su auténtica identidad. Sin embargo, no tenía nada de letal: era solo un señuelo para disimular los auténticos peligros. Contenía la foto de una niña pequeña y bonita de cabello suave y pajizo. Su nombre y sus apellidos iban escritos al dorso, y parecía el recuerdo que podría llevar encima una madre o una tía. Pero esa niña concreta era la única nieta de Carston. Con un poco de suerte, si ya era demasiado tarde para Casey, su cadáver lo encontraría un auténtico policía que, al no poder identificarla, tendría que seguir esta pista y llevar el caso de su asesinato justo hasta la puerta del lugar al que de verdad correspondía. Lo más probable era que no hiciese ningún daño a Carston, pero quizá le complicara un poco las cosas, quizá le hiciera sentirse amenazado, preocupado por si Casey había difundido más información en alguna parte.

Porque ella sabía lo suficiente de desastres ocultos y horrores confidenciales como para hacer mucho más que incomodar a Carston. Pero incluso ahora, tres años después de su primera condena a muerte, seguía resistiéndose a la idea de ser acusada de traición y a la muy real posibilidad de desatar el pánico. No había forma de predecir cuánto daño podían hacer sus revelaciones, de qué maneras podían herir a ciudadanos inocentes. Así que Casey se había conformado con hacer creer a Carston que se había atrevido a algo tan imprudente; quizá con los nervios le diera un aneurisma. Era un hermoso colgante lleno de gotitas de venganza, para hacer más llevadero haber perdido la partida.

La cadenita de la que pendía el colgante, en cambio, sí que era mortífera. Proporcionalmente a su tamaño tenía misma la tensión de rotura que los cables de acero galvanizado que se usaban en los aeropuertos y fuerza más que de sobra para estrangular a una persona. La cadena se cerraba con imán, no con hebilla, porque Casey no tenía ninguna intención de dejarse atrapar por su propia arma. Los embellecimientos de madera en el asa del bolso tenían ranuras en las que encajaban los extremos de la cadena. Después de ajustarse, las maderas actuaban de agarraderas. La fuerza física no era su primera opción, pero al menos resultaría sorprendente. Estar preparada para ejercerla le sería ventajoso.

Bajo los elaborados relieves de su cinturón de cuero negro se ocultaban varias jeringuillas a resorte. Podía sacarlas una por una o activar un mecanismo que haría sobresalir todas las agujas a la vez si un atacante se abalanzaba sobre ella. Las distintas sustancias no combinarían demasiado bien dentro de su cuerpo.

Llevaba hojas de bisturí con el filo encintado en los bolsillos.

Puñales de zapato al uso, uno que salía hacia delante y otro hacia atrás.

Dos esprays etiquetados como «Gas pimienta» en el bolso, uno auténtico y el otro relleno de algo que provocaba una debilidad más permanente.

Una linda botella de perfume que liberaba gas, no líquido.

Lo que parecía un tubo de bálsamo labial en el bolsillo.

Y varias otras opciones divertidas, por si acaso. Todo eso, además de lo que había preparado por si sucedía lo improbable y tenía éxito: una botellita de goma amarilla chillona y con forma de limón, cerillas y un extintor de viaje. Y dinero, mucho dinero. Se guardó la llave de tarjeta en el bolso; ella no iba a regresar a aquel hotel pero, si todo iba bien, otra persona lo haría.

Cuando llevaba puesta la armadura completa, como entonces, tenía que moverse con cuidado, pero había practicado lo suficiente para caminar con aplomo. La tranquilizaba saber que, si alguien le impedía medir tan bien sus movimientos, saldría peor parado que ella.

Al bajar, llevando el maletín en una mano y el bolso negro al hombro, saludó con la cabeza a la recepcionista con quien se había registrado. Subió a su coche y lo llevó hasta un concurrido parque cercano al centro de la ciudad. Dejó el coche en la parte norte del aparcamiento de un centro comercial contiguo y se metió andando en la arboleda.

El terreno le era bastante conocido. Había unos aseos cerca de la esquina sudeste, hacia los que se dirigió. Como esperaba, a media mañana de un día lectivo, estaban vacíos. Del maletín sacó otra muda de ropa. También había una mochila enrollada y algunos accesorios más. Se cambió, embutió la ropa usada en el maletín y luego lo metió junto con el bolso en la gran mochila desplegada.

Cuando salió de los servicios, ya no resultaba identificable a primera vista como mujer. Anduvo encorvada hacia el extremo sur del parque, dejando sueltas las rodillas y concentrándose en anular el delator contoneo de sus caderas. Aunque no parecía que hubiera nadie mirándola, siempre convenía comportarse como si lo hubiera.

El parque empezó a llenarse hacia la hora de comer, como Casey había esperado. Nadie prestó atención al chaval andrógino que, sentado en un banco a la sombra, tecleaba como loco en su móvil. Nadie se acercó lo suficiente para ver que el teléfono estaba apagado.

En la otra acera, enfrente del banco, estaba el restaurante donde le gustaba comer a Carston. No era el lugar que ella había propuesto para el encuentro. Además, faltaban cinco días para la cita.

Desde detrás de sus gafas de sol de hombre, los ojos de Casey recorrieron las aceras. Quizá su plan no funcionara. Tal vez Carston hubiera cambiado de costumbres. A fin de cuentas, los hábitos eran peligrosos, igual que sentirse a salvo.

Había repasado los consejos sobre disfraces que ofrecían tanto los informes reales como las novelas, centrándose siempre en los que parecieran más de sentido común.

No te pongas una peluca rubia platino y tacones altos solo por ser morena y bajita. No hay que pensar en lo opuesto, sino en pasar desapercibida. Piensa en lo que llama la atención (por ejemplo, las rubias con tacones de aguja) y evítalo. Utiliza tus puntos fuertes. A veces, lo que crees que te resta atractivo puede mantenerte con vida.

En su época de normalidad, le había molestado tener una figura casi de chico. Ahora se valía de ella. Si se ponía un jersey suelto y unos vaqueros desgastados un par de tallas más grandes, cualquiera que estuviese buscando a una mujer podría pasar por alto al chico. Llevaba el pelo corto y fácil de ocultar bajo una gorra de béisbol, y las capas de calcetines dentro de unas Reebok demasiado grandes le daban el aire desmañado del típico varón adolescente. Si alguien se fijaba en su rostro, podría captar algunas discrepancias. Pero ¿por qué iba a fijarse nadie? El parque estaba llenándose de personas de todas las edades y sexos. Casey no destacaba, y nadie que estuviera buscándola esperaría encontrarla allí. No había vuelto a Washington desde que el departamento intentó asesinarla por primera vez.

No era especialista en lo que estaba haciendo, salir de su telaraña y cazar, pero al menos era algo en lo que había pensado de antemano. Casi todos sus actos cotidianos normales requerían solo una pequeña parte de su atención e inteligencia. El resto de su mente siempre estaba trabajando en posibilidades, imaginando distintas situaciones, y el resultado era que, allí sentada en el parque, se notaba algo más confiada. Estaba operando a partir de un mapa mental trazado a lo largo de muchos meses.

Carston no había cambiado de costumbres. Exactamente a las doce y cuarto, se sentó frente a una mesita de metal delante de su cafetería. Había escogido la que quedaba por completo a la sombra del parasol, como ella había esperado. Carston había sido pelirrojo y, aunque apenas le quedaba pelo ya, seguía teniendo la piel delicada.

La camarera lo saludó con una mano, señaló con el mentón la libretita que llevaba en la otra mano y volvió al interior. Así que Carston solía pedir siempre lo mismo. Otra costumbre letal. Si Casey lo hubiera querido muerto, podría haberlo conseguido sin que él se enterara siquiera de que había estado en la ciudad.

Se levantó, guardó el móvil en el bolsillo y se echó la mochila al hombro.

La acera pasaba por detrás de un montículo con árboles. Allí Carston no podía verla. Era el momento de cambiar de disfraz. Modificó su postura. Se quitó la gorra y el jersey que llevaba por encima de la camiseta. Se apretó el cinturón y enrolló un poco los bajos de los vaqueros, al estilo boyfriend. Reemplazó las Reebok por unas bailarinas con suela deportiva que llevaba en la mochila. Lo hizo todo fingiendo desinterés, como si tuviera calor y quisiera quitarse algo de ropa. Hacía el tiempo adecuado para ello. Quizá los transeúntes se sorprendieran de ver a una chica bajo las prendas masculinas, pero dudaba que alguien retuviera el momento en la memoria, ya que el parque era toda una galería de estilos mucho más radicales. El sol siempre hacía salir a la gente rara de Washington.

Volvió a ponerse el bolso negro al hombro. Comprobó que no la miraba nadie y dejó la mochila detrás de un árbol apartado. Si alguien la encontraba, no contenía nada sin lo que no pudiera vivir.

Más o menos convencida de que no la veían, se colocó una peluca y luego, por fin y con mucho cuidado, se puso los pendientes.

Podría haber hablado con Carston disfrazada de chico, pero ¿para qué revelarle ningún secreto? ¿Para qué permitirle relacionarla con el chaval que había estado vigilándole? Eso en caso de que hubiera reparado siquiera en su presencia, claro. Quizá volviera a necesitar pronto el disfraz, así que no le interesaba desperdiciar ese personaje. También podría haber ganado tiempo presentándose con el mismo traje que llevaba al salir del hotel, pero si no hacía cambios en su apariencia, su imagen capturada por las cámaras de seguridad del establecimiento podría relacionarse sin problemas con las grabaciones de cualquier cámara pública o privada que estuviera apuntándola en ese instante. Al dedicar tiempo de más a su apariencia, había cercenado tantos nexos como era posible y, si alguien intentaba encontrar al chico, a la ejecutiva o a la visitante que ahora daba un paseo por el parque, el rastro sería difícil de seguir.

Vestida de mujer, tenía más fresco. Dejó que el viento suave le secase el sudor acumulado bajo el jersey de nailon y luego cruzó la calle.

Llegó hasta Carston desde su espalda, siguiendo el mismo recorrido que había hecho él unos minutos antes. Ya tenía la comida en la mesa, un sándwich de pollo a la parmesana, y parecía absorto del todo en consumirlo. Pero Casey sabía que a Carston se le daba mejor que a ella aparentar ser algo que no era.

Se dejó caer en la silla frente a él con discreción. Carston tenía la boca llena cuando levantó la mirada.

Casey sabía que era un buen actor. Daba por hecho que Carston intentaría ocultar su auténtica reacción y mostrar la emoción que deseara antes de que ella pudiera atisbar la primera. Como no dio la menor señal de extrañeza, supuso que lo había pillado completamente por sorpresa. Si hubiera esperado que se presentara, habría fingido que la repentina aparición de Casey lo dejaba boquiabierto. Pero lo que hizo, observarla desde el otro lado de la mesa sin abrir más los ojos y sin dejar de masticar al mismo ritmo, era su forma de ahogar la sorpresa. Estaba segura casi al ochenta por ciento.

Casey no dijo nada. Se limitó a sostenerle la mirada inexpresiva y dejar que terminara de tragar el bocado de su sándwich.

—Supongo que era demasiado fácil que nos viéramos cuando habíamos quedado — dijo Carston.

—Demasiado fácil para tu francotirador, desde luego.

Lo dijo con voz animada y el mismo volumen que había empleado él. Si alguien los oía, se lo tomaría como una broma. Pero los demás grupos sentados en la terraza estaban charlando y riendo a viva voz, y la gente que pasaba por la acera iba escuchando sus auriculares o sus teléfonos. A nadie le importaba lo que acababa de decir, salvo a Carston.

—Eso no fue cosa mía, Juliana. A estas alturas, seguro que ya lo sabes.

Ahora le tocó a ella ahogar la sorpresa. Hacía tanto tiempo que nadie la llamaba por su nombre real que le sonó como el de otra persona. Después del primer sobresalto, sintió una leve oleada de placer. Era bueno que su propio nombre le sonara ajeno. Significaba que estaba haciendo las cosas bien.

Los ojos de Carston se alzaron hacia su evidente peluca (que en realidad era de un color bastante parecido al del pelo de Casey, pero que a él le haría pensar que ocultaba algo muy distinto). Al instante se obligó a volver a fijar la vista en los ojos de ella. Se quedó otro momento esperando su respuesta pero, al no recibirla, habló de nuevo, midiendo sus palabras.

—Los... individuos que decidieron que debías... retirarte han caído en desgracia. Ya desde el principio no fue una decisión popular, y los que siempre nos opusimos a ella ahora no obedecemos órdenes de esos individuos.

Podía ser cierto. Probablemente no lo fuera.

Carston respondió al escepticismo que leyó en su mirada.

—¿Has tenido algún... encuentro desagradable estos últimos nueve meses?

—Vaya, y yo aquí pensando que ya jugaba al escondite mejor que vosotros.

—Se acabó, Julie. Han terminado entrando en razón.

—Me encantan los finales felices. —Sarcasmo a paletadas.

Carston hizo una mueca, herido por sus palabras. O fingiendo estarlo.

—No tan feliz —dijo despacio—. En un final feliz, no me habría puesto en contacto contigo. Te habríamos dejado tranquila lo que te queda de vida. Y te quedaría mucha, en la medida en que dependiera de nosotros.

Ella asintió como si estuviera de acuerdo, como si se lo creyera. En los viejos tiempos, siempre había pensado que Carston era justo lo que aparentaba ser. Había sido el rostro visible de los buenos durante mucho tiempo. En ese momento, de un modo extraño, casi le resultaba divertido estar intentando descifrar el significado real de sus palabras, como en un juego.

Solo que también estaba esa vocecilla que preguntaba: «¿Y si no fuese un juego? ¿Y si fuese cierto y pudieras ser libre?».

—Eras la mejor, Juliana.

—El mejor era el doctor Barnaby.

—Sé que no vas a aceptarlo, pero Barnaby nunca tuvo tu talento.

—Gracias.

Carston enarcó las cejas.

—No por el cumplido —se explicó ella, sin variar el tono animado—. Gracias por no intentar convencerme de que murió por accidente.

—Fue una mala decisión motivada por la paranoia y la deslealtad. Si alguien está dispuesto a traicionar a su compañero, siempre verá a ese compañero como alguien que haría lo mismo. La gente deshonesto no cree que existan personas sinceras.

Casey mantuvo el rostro inexpresivo mientras escuchaba.

En los tres años que llevaba a la fuga, nunca había revelado ningún secreto que conociera. Nunca había dado a sus perseguidores el menor motivo para considerarla una traidora. Incluso mientras intentaban matarla, se había mantenido leal. Y al departamento no le había importado lo más mínimo.

Tampoco es que les importaran demasiadas cosas. Se distrajo un momento con el recuerdo de lo cerca que había estado de lo que buscaba, de lo lejos que podría haber llegado en su principal cauce de investigación y creación a esas alturas si no la hubieran interrumpido. Por lo visto, aquel proyecto tampoco les importaba.

—Pero ahora son los deshonestos los que han metido la pata —siguió diciendo Carston—, porque no hemos encontrado a nadie tan bueno como tú. Qué narices, no hemos encontrado a nadie ni la mitad de bueno que Barnaby. Siempre me sorprende que la gente olvide lo escaso que es el verdadero talento.

Se quedó callado, a todas luces confiando en que hablara ella, esperando que le preguntara algo, que revelara algún signo de interés. Casey se quedó mirándolo educadamente, como alguien miraría al desconocido que le prepara la cuenta en una caja registradora.

Carston suspiró y luego se inclinó hacia ella, con repentina determinación.

—Tenemos un problema. Necesitamos esa clase de respuestas que solo tú puedes proporcionarnos. No tenemos a nadie más que pueda hacer este trabajo. Y esta vez no podemos cagarla.

—Es asunto vuestro, no mío —respondió ella.

—Te conozco bien, Juliana. Te importan los inocentes.

—Me importaban. Podría decirse que esa parte de mí murió asesinada.

Carston hizo otra mueca.

—Juliana, lo lamento mucho. Siempre lo he lamentado. Intenté detenerlos, y no sabes cuánto me alivió que te escurrieras de entre sus dedos. Todas las veces que te escurriste de entre sus dedos.

Casey no pudo evitar sentirse impresionada de que estuviera reconociéndolo todo. Sin negativas, sin excusas. Nada del esperado «Fue solo un desafortunado accidente de laboratorio». Nada del «No fuimos nosotros, sino unos enemigos del Estado». Nada de cuentos, solo una admisión directa y sin rodeos.

—Y ahora todo el mundo lo lamenta. —Carston bajó la voz, obligándola a prestar mucha atención a sus palabras—. Porque no estás con nosotros y va a morir gente, Juliana. Miles de personas. Cientos de miles.

Se quedó callado mientras ella pensaba. Casey se tomó unos minutos para examinar las palabras de Carston desde todos los ángulos posibles.

Ella también bajó la voz, pero se aseguró de no dejar traslucir ningún interés ni emoción. Solo enunció un hecho evidente para que la conversación avanzara.

—Sabéis de alguien que posee información crucial.

Carston asintió con la cabeza.

—No podéis eliminar a esa persona porque entonces otros sabrían que estáis al tanto de su existencia. Lo cual aceleraría cualquiera que sea el curso de acción que preferiríais que no se diera.

Otro asentimiento.

—Estamos hablando de algo grave, ¿verdad?

Un suspiro.

Nada ponía tan nervioso al departamento como el terrorismo. A ella la habían reclutado antes de que el polvo emocional se asentara en el agujero donde se habían alzado las Torres Gemelas. Impedir el terrorismo siempre había sido el componente principal de su trabajo y la mejor justificación para llevarlo a cabo. La amenaza del terrorismo también había pasado a manipularse, retorcerse y distorsionarse, hasta que al final Casey había perdido buena parte de su fe en estar haciendo el trabajo de una patriota.

—Y es un aparato gordo —afirmó más que preguntó.

El mayor hombre del saco era siempre el mismo, el temor a que, en algún momento, alguien que odiara de verdad a Estados Unidos echara mano de un dispositivo nuclear. Esa era la sombra oscura que ocultaba su profesión a los ojos del mundo, la que la hacía tan indispensable, por mucho que el ciudadano estadounidense de a pie prefiriera pensar que Casey no existía.

Y la verdad era que había ocurrido. Más de una vez. Las personas como ella eran las que impedían que esas situaciones desembocaran en tragedias humanas masivas. Era un sacrificio: horror a pequeña escala contra matanzas al por mayor.

Carston negó con la cabeza y de pronto sus ojos claros reflejaron una expresión torturada. Casey no pudo contener un pequeño escalofrío interno al comprender que se trataba de la segunda opción. Solo existían dos temores tan intensos.

«Es biológico». No pronunció las palabras, pero sí movió los labios.

El rostro sombrío de Carston le sirvió como respuesta.

Bajó la mirada un momento, recorriendo en silencio todas sus posibles reacciones y reduciéndolas a dos columnas, dos listas de posibilidades en su mente. Columna uno: Carston era un mentiroso hábil que estaba diciendo lo que creía que la motivaría a desplazarse a un lugar donde habría gente mejor preparada para deshacerse de Juliana Fortis para siempre. Carston estaba improvisando a toda velocidad, tirando de sus cuerdas más sensibles.

Columna dos: alguien tenía un arma biológica de destrucción masiva

(...)